

VI Certamen **20**
Literario
Maestro **05**
Miguel

EDITA

*Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo
Plaza Mayor, 1. 28229 Madrid*

ALCALDE - PRESIDENTE

Juan González Miramón

CONCEJAL DELEGADA DE EDUCACIÓN

M^a Ángeles Soto Bernad

DIRECTOR C.E.I.P. SAN LUCAS

Carlos López Molina

DIRECTORA C.E.I.P. RAYUELA

Ana Álvarez Riego

DIRECTOR I.E.S. SAPERE AUDE

José Segovia Pérez

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN

unomás. publicidad y promociones

DISEÑO y MAQUETACIÓN

Cícerostudio identidad visual s.l.

© Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, plagio, comunicación pública o transformación de esta edición sin contar con la preceptiva autorización por escrito de los componentes de la Junta Organizadora del Certamen Literario Maestro Miguel.

ÍNDICE

<i>Discurso de Noé de la Cruz, Psicólogo y pedagogo</i>	4
<i>Momentos Maestro Miguel 2004</i>	6
<i>Agradecimientos</i>	8
<i>Obras premiadas en categoría escolar</i>	11
<i>Obras premiadas en categoría adultos</i>	33

Buenas noches.

Es un placer muy especial para mí estar esta noche aquí por muchos motivos. Alguno de ellos va a ir saliendo a través de mis palabras con la seguridad de que para mí es un reencuentro muy especial con Miguel. Antes se ha dicho que voy a dar una ponencia, pero no sería serio dar una ponencia probablemente llorando. Voy a hacer una serie de reflexiones de nuestras vivencias aquí en Villanueva del Pardillo.

Villanueva del Pardillo fue, sin saberlo yo, el punto de encuentro con Miguel después de muchos años. Él nada más verme me dijo “tú eres Noé de la Cruz”, yo te conozco. Somos de la misma oposición, la de Magisterio del año 1963. Después ejercíamos los dos en centros especiales. Él fue maestro del Centro Experimental “El Palmeral” de Elche y yo fui, al mismo tiempo director del Centro Piloto “Cardenal Herrera Oria” de aquí de Madrid, en la Ciudad de los Periodistas. Coincidimos en una reunión, donde tuve una ponencia en Barcelona y él se acordaba de todo. Lo primero que hizo fue solicitar-me que le trajera alguno de los artículos sobre el trabajo que estaba haciendo. Evidentemente a los pocos días volví y se los traje. Y fue una enorme satisfacción cuando la segunda vez que le veo, me dijo “tienes que venir a mi clase, quiero que veas mi clase. Yo sigo haciendo las cosas igual que entonces y de entonces hacía ya muchos años. Ahora con la nueva ley no sé si lo estoy haciendo bien”.

La clase de Miguel era un laboratorio en movimiento, con equipos de trabajo abiertos, integración natural, atención personalizada... esa era la clase de Miguel, con algunas compañeras que colaboraban maravillosamente con él en un equipo extraordinario. Su mesa, no era una mesa de profesor, era una estantería, era un escaparate de materiales. Él siempre se sentaba en las sillas pequeñas. Los trabajos del alumnado eran una exposición permanente en su clase que renovaba continuamente.

Quedamos dos tardes para hablar ampliamente de educación, de metodología, de los nuevos cambios a principios de los noventa, de las adaptaciones curriculares, pero “¿se puede adaptar el currículum ordinario para Alvaro?, me preguntó”. Evidentemente no, le contesté. Nosotros, todos los que podamos, vamos a seguir haciendo las cosas como antes, con nuestros programas de desarrollo individual, a través de lo que llamábamos programas de desarrollo individual.

Quedamos en seguir hablando con el fin de hacer planes para el centro, promoviendo un nuevo grupo en la línea en la que él seguía trabajando.

Y mirad por dónde, hace ya meses, a través de una persona intermediaria, Angeles, la voz que en nombre de Miguel me citó aquí para hoy. Y mirad por donde, he estado a punto de no venir, porque hoy hace 21 días que volvía a nacer.

Una anécdota que me apetece contaros, aunque algunos la conocéis bien. Tenía unos alumnos de integración, dos en concreto, que estaban perfectamente integrados, yo también me sentaba con normalidad en aquellas sillas pequeñas con ellos, uno de ellos, que por ciento años después recibí una carta suya de Bruselas... Se trataba de un alumno de integración que era feliz, tenía un nivel bastante bajo. La abuela me conocía desde Herrera Oria, y un buen día se me presentó en el despacho en Villalba, para hablarme de su nieto y decirme que se trasladaban a Bruselas y me preguntó si allí habría algún centro de integración como éste. Yo le respondí que un centro de integración seguro que había, que la integración en Bélgica está muy bien atendida, ahora, que exista un aula de integración como la que tiene aquí, lo dudo. Al tiempo me mandó una carta de toda la familia en la que me decía que ellos pensaban que estábamos tan retrasados en educación en España y el Centro San Lucas de Villanueva del Pardillo era el mejor Centro de Integración que podía encontrar en todas partes.

Todo lo que he dicho para muchos de los que estáis aquí no es nuevo, parte de ello fueron además vuestras propias vivencias. Sin embargo, lo que sí está muy claro es que el concurso literario Maestro Miguel ha hecho que Miguel pase a la historia como un ser auténticamente vocacional, como maestro, nacido para la educación y la comunidad educativa de Villanueva del Pardillo se puede sentir orgullosa de lo que hoy hemos visto aquí. Habéis hecho posible que eso que nos distingue de los animales, que es la palabra. Y es lo que aprendimos de Miguel, a vivir a través de la palabra.

Muchas gracias.

*Noé de la Cruz
Psicólogo y pedagogo*



Momentos Maestro Miguel 2004

Momentos Maestro Miguel 2004



agradecimientos

Muchísimas gracias, amigos del concurso

Entendiendo como amigos a todas esas personas que de una manera u otra colaboran año a año y dedican su esfuerzo y su tiempo con el objetivo de hacer que el Certamen “Maestro Miguel” crezca y sea un referente literario en esta localidad de Villanueva del Pardillo.

Obligado es personalizar en algunos amigos nuestro agradecimiento, Eva Rey, Ana Álvarez, Carlos E. López, M^a Angeles Soto, Alejandra Ochoa y Esther Hernández, miembros de la Junta Organizadora, Ana M^a González, Inmaculada Pajuelo y José L. Velasco, componentes del Jurado, Pilar Mateos, ponente del acto literario, Alumnos y profesores de los tres centros educativos, Personal del Centro Cultural “La Casona” de Villanueva del Pardillo, Concursantes y asistentes al acto literario. ¡Gracias a todos!

Y terminamos, con optimismo y emulando al “Fénix de los Ingenios”

*(...) Por segundo lustro voy entrado
y aún parece que entré con pie derecho;
y cundo este lustro se esté acabando,
llegar, pues, a tercero, será un hecho (,,)*

VI Certamen **20**
Literario
Maestro **05**
Miguel

obras premiadas

ÍNDICE

12
UNA PRENDA, UN CONSEJO
Pablo Vicente Sánchez

18
RELATO DE UN LÁPIZ
Nestor Tirado Leiro

22
SIN MEMORIA
Ana Sánchez Chico

26
MI REFLEXIÓN
Ana Albalá Jiménez

28
A MI MADRE
Cristina Sánchez Osojjo

30
ANDALUCÍA
Rocío Santos Kaiser

VI Certamen **20**
Literario **05**
Maestro
Miguel

categoria escolar

Pablo Vicente Sánchez

UNA PRENDA, UN CONSEJO

1º premio escolar prosa

Eran las diez en punto de la mañana cuando llegó a Madrid.

Se trataba de un hombre alto, delgado y con aire despistado.

Tenía unos ojos de un verde intenso, profundos y que casi no pestañeaban. Los rasgos de la cara no destacaban por nada en especial; a primera vista cualquiera diría que era un hombre normal.

Había venido para quedarse un año y conocer la cultura de nuestro país, y, claro, necesitaba trabajar, así que puso un anuncio en el periódico ofreciendo lo que mejor sabía hacer; su profesión: “Hombre perchero”.

Sí, sí. Habéis leído bien. Hombre perchero es un trabajo muy valorado allí, de donde él venía. También hay hombres silla, hombres cojín, mujeres mecedora... etc, etc...

Pasó largo tiempo hasta que alguien se tomó el anuncio en serio y decidió contratarle, más que nada para comprobar de qué iba ese extraño trabajo.

Tras aclarar a su nuevo jefe todo lo que quería saber de su prestigiosa profesión, éste decidió probar y le llevó a su negocio. Al atravesar la puerta le dijo:

-Esto es una cafetería. ¿Supongo que sabrás lo que es?.- El hombre perchero asintió. -Colócate a la derecha de esta puerta y comienza tu trabajo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

-Me llamo Rogelius- dijo el hombre.

Poco a poco empezó a llegar gente que se fijaba extrañada en aquel hombre que estaba firme y serio con los

brazos extendidos. Unos se reían, otros cuchicheaban, y nadie colgaba nada de nada. Hasta que el jefe se acercó a los clientes y les explicó lo que debían hacer.

Aguantándose la risa y con mucha desconfianza, la gente empezó a colgar sus prendas sobre los brazos y la cabeza del hombre perchero.

Poco a poco la cafetería se fue llenando.

Al cabo de un rato, una mujer muy seria y estirada salió, cogió su abrigo, y, cuando se iba a marchar Rogelius le dijo:

-Sufres estrés querida. Lo he notado en tu abrigo, está decaído y acalorado. Deberías tomarte unas vacaciones y pedirle a tu jefe un despacho con una gran ventana para que puedas ver el cielo.

La mujer salió corriendo medio asustada, nerviosa y extrañada, pero pensando en lo que el hombre perchero le había dicho.

Al rato se acercó un joven a recoger su gorro. Rogelius le dijo que se había dado cuenta de que estaba preocupado porque tenía caspa. Le recomendó un remedio casero muy usado en su país y el joven se fue con la boca abierta y cara de asombro.

Y así, poco a poco la cafetería se fue vaciando. Algunos se llevaban un consejo y otros una sensación de bienestar.

Al día siguiente todo volvió a comenzar.

Llegó un hombre bastante gordo que colgó su bufanda de uno de los brazos de Rogelius (el abrigo no se atrevió a colgarlo) y se colocó en la barra para comer.

Rogelius se dio cuenta de que no sabía qué pedir. Estrujó, manoseó y olió la bufanda y le dijo:

-Prueba la ensalada nº 6. Es ligera y sabrosa y estoy seguro que se ajustará a tus gustos.

El hombre gordito le hizo caso. Probó la ensalada y fue de su agrado. Pagó y salió corriendo de la cafetería mientras miraba asombrado al hombre perchero.

Al rato volvió con un amigo al que le había contado lo que le había sucedido.

Y así, como quién no quiere la cosa, la cafetería tenía cada día más clientes. Lo malo es que nadie se sentaba a tomar nada. Todos hacían cola para poner sus prendas sobre el hombre perchero.

Rogelius no entendía lo que ocurría. En su país nunca se amontonaba el trabajo de esa manera.

Lo peor era que el dueño de la cafetería estaba cada vez más enfadado porque su negocio estaba lleno de gente que no tomaba nada.

Así estaba la cosa cuando un día entró por la puerta un “cazatalentos” que venía buscando al famoso hombre perchero.

Abriéndose paso entre la gente, el cazatalentos llegó hasta Rogelius y, agarrándole de un brazo se lo llevó a una mesa, haciendo caso omiso de los gritos de protesta de las personas que estaban en la fila esperando.

Después de hacerle un montón de preguntas, el cazatalentos le dijo que ganaría muchísimo dinero si se iba con él a un lugar genial en el que trabajaría mucho mejor.

A Rogelius no le importaba demasiado lo del dinero pero sintió curiosidad y siguió a aquel hombre fuera de la cafetería, donde les esperaba una limusina.

-¿Está muy lejos ese sitio al que me llevas?- preguntó Rogelius.

-No. Sólo tardaremos unos minutos.

Llegaron a una calle y el chófer paró. Los dos salieron del coche. Estaban en un gran descampado lleno de tiendas, aparatos, atracciones y demás. Se trataba de una Feria.

Al hombre perchero le hubiera gustado quedarse allí un rato más observando aquellos artilugios, pero tuvo que seguir al cazatalentos hasta llegar a una enorme carpa de circo.

-Mira y escucha bien- dijo el hombre- entrarás ahí y te colocarás en el

centro de la arena. Allí comienza tu trabajo, haz caso de lo que te diga la gente y dales lo que desean.

Rogelius iba a protestar, pero el cazatalentos le empujó hacia la puerta.

El lugar estaba vacío. Pensó que pronto llegaría la gente y se colocó en el centro del lugar.

Poco a poco empezó a entrar el público. Gente de todas partes de la Feria acudía al Circo atraída por los altavoces y por un enorme cartel que colgaba encima de la entrada en el que ponía:

UNA PRENDA, UN CONSEJO.

Al principio entraba poca gente, por curiosidad; pero después la noticia se fue extendiendo y más y más personas acudían a ver al hombre perchero del que tanto oían hablar.

Cinco largas filas se formaron alrededor del hombre perchero. Cientos de personas con bufandas, sombreros y abrigos preparados para “colgar”.

Rogelius daba consejos a los que podía pero pronto empezó a hartarse. No entendía qué les ocurría a todas esas personas. Había demasiada gente, demasiada ropa. Esas personas no iban a dejar sus prendas al cuidado del hombre perchero, lo que querían era que él les dijera cómo ganar mucho dinero, cómo ser más guapos, cómo tener más éxito y todo tipo de caprichos que Rogelius no entendía. Él ya no ofrecía ayuda a quién la necesitaba sino que los demás se la exigían.

Empezó a enfadarse. Gorros y abrigos caían a su alrededor. Se puso rojo, muy rojo y, entre los gritos de protesta,

las peleas y sobornos para acercarse a él, de repente, se transformó en un perchero de madera. Un perchero cualquiera, como los que vemos en las tiendas, en la consulta del médico, en el restaurante e incluso en nuestra propia casa.

La gente se asustó, se enfadó, protestó, se peleó, reclamó y, por fin... se marchó.

Algunos todavía se acercaban tímidamente al perchero probando a colgar en él sus prendas pero... no pasaba nada.

El circo se vació. Sólo quedó en él un perchero de madera. Bueno, y algún ratón que otro, pero eso no viene al caso.

A la mañana siguiente el perchero ya no estaba.

Alguien dijo que vio salir a un hombre alto, delgado y con aire despistado. Pero después nadie en Madrid volvió a ver al hombre perchero.

A lo mejor se marchó a su país. O quizá siga aún aquí.

Algunos creen que todo fue un engaño.

Yo no.

¿Sabes...?

Fue él quién me dijo que yo podía ser escritor.

NÉSTOR TIRADO LEIRO

RELATO DE UN LÁPIZ

2º premio escolar prosa

19

Aunque no lo creáis, el mérito de los grandes libros, no es sólo de sus autores, sino también de sus propios lapiceros o de sus bolígrafos, pensad lo que pasaría si no existiesen los lapiceros.

Bueno dejo de entreteneros y... ¡ahí va mi relato!

Nací un día de Otoño en el taller de un artesano que con sus sabias manos me construyó a partir de una barrita de grafito y de un trozo de madera de haya.

Así nací yo, un lápiz. Después de unos días, un viejecito me compró y me llevó a su casa donde vivía él con su gato, pero su más preciada compañía eran sus libros.

Este viejecito se llamaba Ramiro y era escritor, con él pasé muy buenos momentos, yo era feliz. Siempre me llevaba consigo cuando tenía ideas sobre el libro que estaba escribiendo, en ese momento tomaba notas conmigo.

Un día salimos de viaje, ¡qué sorpresa, viajamos en un tren!; yo nunca había viajado en un tren. Al entrar en él me caí del bolsillo y salí rodando hacia la otra punta del vagón, ¡qué susto!

De repente me encontré solo y asustado, escuché una voz, era una pluma muy vieja y desgastada. Estuvo contándome su vida.

Había viajado por muchos países con su amo que era un gran científico y había tomado muchas notas con ella pero un día de vuelta a su casa se cayó del bolsillo de su amo y se quedó en ese rincón.

Al rato de estar escuchándola sentí que algo me cogía, era la mano de un chico joven. Me miró y me metió en su bolsillo.

Qué pena, ya no volveré a escribir historias con mi amo el escritor.

Después de que aquel joven me cogiese, el tren había llegado a la estación, en aquel sitio se escuchaba un montón de ruido.

No sé si estuve en una ciudad muy grande. De camino a casa del joven se escuchaban los pitidos de los coches y un montón de pasos.

Cuando llegamos a la casa del joven, me dejó sobre la mesa. Desde allí le di una vuelta a la sala de estar con la mirada. Este joven parecía ser dibujante, pero no era un dibujante cualquiera, éste era un dibujante que dibujaba de todo: comics, bocetos, retratos, dibujos de paisajes, pintaba al óleo y con acrílicos, a mí me usaba para esbozar sus dibujos, ya que se había gastado todo su dinero en comprar oleos. Parecía un joven muy tímido. No tenía amigos; sólo se dedicaba a sus dibujos y a nada mas.

Pero con él fui muy feliz. Me gustó mucho ver como un joven maestro de la pintura aprendía y aprendía y yo iba a ser una de las bases mas importantes de su aprendizaje.

Fui con él a un sitio que se llamaba escuela, donde perfeccionaba su técnica de dibujo. Durante todo este tiempo fui muy utilizado por este dibujante, por eso con el uso me fui haciendo cada vez mas pequeño.

Un día estaba mi joven amo sentado en el banco de un pequeño parque dibujando todo lo que veía y de repente un niño pequeño se sentó con él y miró su dibujo atentamente. Cuando terminó, mi amo sintió compasión.

El niño estaba muy contento y yo me encontraba un poco triste.

Cuando entré en el coche de los padres del niño vi que se dirigía a las afueras del pueblo y cuando salimos del pueblo vi que se marchaba al campo y se paró delante, ¿deeee...? ¿como se llamaba? ¡Ah, sí, una granja!

Cuando abrimos la puerta, vi unos animales llenos de caca con una nariz enorme y llenos de moscas, ¡puja, qué asco!. Después entramos en un sitio que se llamaba cuadra. Dentro había unos animales muy altos y musculosos, creo que se llamaban...cobayas. No, espera, cabellos. ¡Qué digo, cabellos; caballos!. Por último entramos en un sitio muy raro, pero raro raro, donde había unos animales muy gordos, y que eran blancos y negros y de... ¿como podría explicarlo? Bueno, de sus cosas echaban un liquido blanco que cuando los padres de mi amo lo probaban, decían.

- Mmm, qué rico.

Cuando entramos, al niño le dijeron:

- ¡Daniel, ven a comer!.

Supongo que su nombre era Daniel. Después de comer Daniel empezó a escribir. Su letra comparada con la de mi anterior amo Ramiro no tenía nada que ver. Pero yo con él me lo pasaba muy bien. Hacía una letra un poco chuchurría, pero bueno. ¡Je, je!, me estoy acordando de una vez que me monté con él dentro de la casa en uno de esos animales tan guarros y organizamos un jaleo de aúpa. Tiramos sillas, rompimos platos y estrellamos al muy guarro del bicho contra la pared.

Así pasaron unos días entre juegos y momentos en los que Daniel me usaba para hacer dibujos y escribir.

Una tarde mientras Daniel pintaba llamaron a la puerta. Cuando abrimos la puerta, era el abuelo, pero ¡qué sorpresa!; era mi antiguo dueño Ramiro, el escritor. Le trajo una caja de lápices. Daniel se puso muy contento y me dejó en una caja, supongo que porque era muy pequeño.

Bueno, aquí acaba mi historia, ¡adiós amigos!.

Ana Sánchez Rico

SIN MEMORIA

3º premio escolar prosa

23

Hola soy una niña llamada Cristina, vivo con mis padres y mi abuela en un pueblecito cerca de Madrid.

Cuando yo era pequeña tenía que ir a la escuela como todos los niños. Mi madre y mi abuela me llevaban al colegio porque mi padre no podía al estar trabajando. En el colegio lo pasaba genial con todos mis amigos y compañeros. Cuando terminaba, mi abuela Aurora me recogía. En el camino no paraba de hablarla. Llegábamos a casa y ella me ayudaba a hacer los deberes, luego solíamos jugar juntas a juegos de mesa. Algunos días bajábamos al campo a tirar piedras al río y, a veces íbamos a pescar, y aunque no picase ningún pez me lo pasaba genial. También me solía hacer la merienda y, por la noche, ella me ayudaba a la hora de la ducha. Luego llegaban mis padres y preparaban la cena. Y así casi todos los días excepto los fines de semana, yo a la abuela el sábado y el domingo la dejaba descansar, aunque en algún momento nos poníamos a jugar. Hasta nosotras nos divertíamos cuando íbamos de compras.

Un día oía a mis padres que decían que qué iban a hacer cuando la abuela se hiciese mayor. Yo les decía que la abuela seguiría viviendo con nosotros, que seguiría jugando y haciendo de todo como siempre. Pero ellos no me hacían ni caso.

Yo también llamaba a veces a Carlos, Laura, Raquel y Marcos, mis cuatro mejores amigos. Aurora les recibía con mucha alegría.

En una ocasión nos fuimos a París. Era precioso todo. La torre Eiffel, el Arco del Triunfo....Aurora tenía una memoria de elefante, se acordaba de todo.

Un día mi abuela no vino a recogerme al colegio. Yo pensé que había tenido algún problema. Esperé un buen rato hasta que me harté y fui sola a casa. Mi abuela estaba en casa. Al verme, Aurora me preguntó que qué hacía yo allí. A mí me extrañó esa pregunta, pero aún así, yo le contesté que venía del colegio porque ella no me había recogido. Ella se disculpó. La perdoné. Porque todo el mundo tiene un fallo.

Al día siguiente nos mandaron hacer una redacción de algún sitio que hubiéramos ido. Pregunté a la abuela qué ciudades habíamos visitado. Ella no se acordaba de nada. ¡Era imposible, no me lo podía creer, pero si hacía cuatro días que yo la oí contar a mis padres lo de nuestro viaje a París!

Como mis padres no se acordaban, me tuve que inventar un poco las cosas.

Durante tres seguidos días mi abuela no me vino a recoger al cole. Yo la notaba rara, como algo despistada, como si estuviese todo el rato pensando en las musarañas.

Mi madre estaba un poco preocupada. A la mañana siguiente, mi abuela se despertó e hizo los desayunos. ¡Casi salimos ardiendo!, se había dejado el fuego encendido.

Por la tarde se fue de casa y no volvió. La fuimos a buscar y estaba en la calle tirada, perdida, sin saber dónde ir. Entonces mi madre se decidió y la llevó al médico, le dijeron que tenía un problema de memoria y que había que vigilarla un poco. No la dejábamos salir de casa. Después de tres semanas, ella ya no se acordaba ni del nombre de mi madre. Yo estaba muy preocupada.

La vieron muchos médicos y al final llegaron a la conclusión de que tenía la enfermedad de Alzheimer.

Mi madre reunió a todas sus hermanas, que eran seis, y les contó el problema. Todas decían que solo había dos soluciones: una era mandarla a una residencia de ancianos, y la otra era que todas pusieran un poco de dinero y que

una enfermera la cuidase todos los días en casa. La primera idea no les gustó porque si no la abuela se sentiría sola y no la verían nada más que un día a la semana. Por eso se decidieron por la segunda y así la podrían ver cuando quisieran. Y así fue que durante unos años, todas las hermanas ponían un poco de su sueldo para ayudar a mis padres a pagar a la enfermera que la cuidaba.

Yo, como había oído todo, me acordé de lo que decían mis padres. Y me di cuenta de que también están los mayores y que hay que cuidarlos porque algún día nosotros también lo seremos.

Pasaron unos años duros para todos, para la abuela que cada vez estaba peor, y para la familia que sufría por ella. Llegó un día en que la abuela murió. La familia, aunque triste por su muerte, también estaba feliz porque ya no la veían sufrir. Todo había terminado, pero estaban seguros que, aunque la abuela no se enteraba de nada, fue feliz junto a toda su familia.

Ana Albalá Jiménez

MI REFLEXIÓN

1º premio escolar verso

*No puedo expresar,
lo que ahora yo siento,
pues en mi interior
solo reina el desconcierto.*

*Dicen que no es tan difícil,
y que yo tengo la solución,
pero a veces pienso
que nunca concluirá mi reflexión.*

*Ya no sé como actuar,
en esta densa niebla de sentimientos.
Al final voy a naufragar,
por no aclarar mis pensamientos.*

*No sé qué creer,
pues la morada de mis sueños
ya no tiene dueño,
ni nadie a quien querer.*

*El tiempo sigue su curso,
como un río llega al mar.
y espero que en la desembocadura,
todo vuelva a ser igual.*

*Concluyendo mi reflexión,
solo puedo alegar:
¡qué esta niebla se disipe,
para poder continuar!*

Cristina Sánchez Osojjo

A MI MADRE

2º premio escolar verso

29

*Una madre es un tesoro
que esconde bajo su piel
sus encantos y emociones
de este mundo tan cruel.*

*Una madre es clara noche,
de luna de primavera,
rocío de madrugada
y puerta abierta a la espera.*

*Sombras y luces dispersas
sobre ella han de pasar,
noches y días enteros
y los sabrá aguantar.*

*De ilusiones y tristezas
su vida llena está,
un manantial de agua viva
tendrá hasta la eternidad.*

*Todo esto es una madre
y no he hecho más que empezar
quedan detalles concretos
que no puedo descifrar.*

Rocio Santos Kaiser

ANDALUCÍA

3^{er} premio escolar verso

*Te he amado en la distancia
Te he extrañado hasta el dolor
Me enamoré de tu gente
De tus playas, de tu sol,
Del mojito y de tus campos
De tu alma y tu calor
De tus tierras, de tus bancos
Del cante de aquel señor.
Que canta a Dios te quiero
Tú fuiste quien me fundó.
De aquella princesa bella
Que por no estar se marchó
Y de aquellos malagueños
Que me enseñaron el son
De las hermosas baladas
Que he querido cantar yo.
Me enseñaste sevillanas
Me enseñaste tu esplendor
Me enseñaste todo el arte
Que hay en esta región.
Málaga linda y querida
Si muero lejos de ti
Que sepas que te he querido
Desde el día en que te vi.*

ÍNDICE

<i>EL PUÑAL MÁS AGUDO</i>	34
<i>Manuel Terrín Benavides</i>	
<i>A FIN DE CUENTAS</i>	40
<i>Susana Torralba González</i>	
<i>EL AQUILÓN</i>	46
<i>Margarita Rodríguez-Osorio Campos</i>	
<i>A DON QUIJOTE</i>	52
<i>Eumelia Sanz Vaca</i>	
<i>METRO NOMO</i>	56
<i>José A. Perera Galán</i>	
<i>TREN CRISÁLIDA</i>	60
<i>Luis Barbero de Granda</i>	

VI Certamen **20**
Literario **05**
Maestro
Miguel

categoria adulto

Manuel Terrín Benavides

EL PUÑAL MÁS AGUDO

1º premio adulto prosa

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida.

- Me acuso, padre, ¿cómo le diría?... Verá... Yo había hecho averiguaciones y la otra mañana, todo bien planeado, maté a Pepe Antonio. Eso quería decirle, que la otra mañana puse a Pepe Antonio en el huevo que le corresponde.

- ¡Cristo del Rayo!

- Culpable era, culpable. Usted no ha nacido en este pueblo; si usted hubiese nacido en este pueblo entendería que aquí, aunque hada se sabe, siempre se sabe todo. Pero usted, padre, cómo se ve que no es de este pueblo...Yo esperaba agazapado detrás de unos cornejos, en el Cerro de las Cabras, mismamente donde el Ginés tiene la paranza...¿Un patinazo, teme? El mismo muerto, si regresara del silencio, confesaría que no ha sido un patinazo. Yo sabía que esa mañana iban de caza, que en el Cerro de las Cabras tomaría cada uno distinto careo, trastumbando laderas, serrijones, pateando por separado el coto. Al pie de la letra conocía el rumbo de Pepe Antonio, padre, aunque usted piense que aquí estamos en la inopia. Guiándome andaban los de Arriba, a mi lado.

- ¡Santo Cristo del Rayo!

- No espante los ojos. El deajo de los arroyos, espeso, había gateado hasta las cumbres, favoreciendo el camuflaje; por eso digo que los de Arriba estaban conmigo. Yo, en silencio; ellos, haciendo alharacas; yo, taimado como las garduñas; ellos, un jabardillo de risotadas. Confiado venía el fulano. Hacia los cornejos avanzaba derecho, erguido.

Parecía, padre, que quisiera morirse... ¡Pum!...¡Paff!... Me acuso de que todavía me acaricia el oído, como una musiquilla trotona, la panzurrada que dio en el suelo, cuando cayó como un tuero sobre las piedras. ¿Testigos, eso imagina? Los otros, con el oxeo, con los ladridos de los perros, ni se enteraron. Tumbado lo dejé, entre matojos y pedruscos, como hizo él con la muchacha en la solana de los viñedos. Al pueblo me vine sin remordimientos, fintando el monte con astucia, amparado, repito, por el cejo alto de los arroyos. Cuando el Ginés se lo tropezó -a poco lo pisa- ya estaba yo en la taberna del cruce, celebrando la buena pieza cobrada. De esto también me acuso, padre, de lo bien que lo hice.

- ¡Cristo del Rayo!

- Era Pepe Antonio. Más de uno, más de cien lo jurarían. ¿Ella, deduce, unas últimas palabras? Por otro lado sopla el viento. La criatura no pudo decir esta boca es mía. Muerta estaba, un despojo entre las cepas, con la piel transitada por las garras de dos buitres. Dos sí, ha entendido perfectamente. Todos habíamos salido en su busca con cuernos encendidos, que nunca tardaba tanto, y cuando la encontramos en la solana de los viñedos -emparejada, ya para siempre, con la sobra-, mejor que el diablo nos hubiese arrancado el corazón a cuajo. Ella, tan buena moza, un bandillo parecía entre los pámpanos. Nada de errores. Usted divaga porque piensa que aquí, gente ingenua. ¡Se saben tantas cosas! Se sabe que aquella noche, mientras ocurría la desgracia, había una pareja de camanduleros cerca, una hembra liviana y un tipo oportunista. Escondidos estaban, agazapados entre matojos, impasibles, mientras una criatura inocente se rompía en la tierra como muro abatido. Obligación tenían de confesar lo que habían visto, pero han protegido a los asesinos, ocultando nombres, por no poner el pecado en la calle.

- ¡Santo Cristo del Rayo!

- Piense en mi hija: una muchacha deliciosa, una flor pisoteada; recuerde que aquellos ojos que llenaban el día;

hágase cargo de la familia, todos llorando a su vera, todos maldiciendo...; retroceda al día del entierro, tan guapo usted con su casulla negra, capitaneando la legión de personas que iban detr*s de la caja: las mujeres, devorando rosario; la gente joven, sus amigos, que todos la querían; los hombres honrados del pueblo con ascuas de maldición en la lengua... Arrojadlos sean al infierno los criminales y los testigos de la fechoría. Yo, después de lo del entierro, incapaz sería de dejar quieta la badila.

- ¡Santo Cristo del Rayo!

- Otra vez se me quiere escapar por la puerta falsa. Las garras de dos buitres, dije, las manazas de dos puercos sobre su piel sedosa. ¿Todavía no se le ha metido en la cabeza que aquí todo se sabe? Dos fueron, dos y no hay descanso mientras el otro siga vivo. La pareja de aquella noche contemplaba el espectáculo tiene el secreto en sus labios... ¿Adivina ya por dónde voy? Ellos conocen, ellos... ¿Qué farfulla entre dientes? Mía era la muchacha; mía, pues, la sentencia. Nadie me puede negar ese privilegio por muy cura que sea. Derecho tengo a saber lo que otros saben, aunque se nos vaya el día, usted en ese asiento de madera que le está acartonando el culo y yo de rodillas, con la poca costumbre.

- ¡Santo Cristo del Rayo!

- Quiera ver la escena, cuando hallamos su cuerpo entre las cepas, en un alrededor de sangre. Quiera ver la angustia, el terror, los gritos haciéndose pedazos en la oscuridad. Siempre que lo pienso, padre, un rábano me importa que se descubra lo de Pepe Antonio, que me encierren o me crucifiquen. Diecisiete años tenía la muchacha, un lucero desprendido de la madrugada. Ni acordarme quiero, ni pasar por el sitio... ¿Penitencia, propósito de enmienda? Usted parece que no entiende; usted, tan leído, cosas hay que parece que no entiende. Tengo metido en el meollo cargarme al segundo, apenas alguien me lo señale con el dedo, y se me

pone a parlotear de pecados, de los castigos del cielo. ¿De qué nido se ha caído, padre? ¡A la puñeta todo lo del cielo y todo lo de la tierra!

- ¡Santo Cristo del Rayo!

- Mi hija era una muchacha bonita, dulce, como esas santas que tiene ahí en el altar. Aunque muerta, su imagen cruza mis ojos a cualquier hora. No me entra en la cabeza que tengan derecho a saborear la vida propia aquellos que arrancaron la ajena. Póngase en mi pellejo, padre; cámbiese de espíritu con la imaginación. Tendida estaba entre las cepas, mismamente al lado del camino, desorbitados los ojos, como dos piedras azules espejeando en la oscuridad. Borrachos irían padre, drogados irían. Pepe Antonio, cuando la autopsia, dijo el médico que le notaba en los brazos especie de picaduras de mosquito, ya me entiende. Enfurecidos, rabiosos la atraparían, hechos dos burracos porque ella no quiso. Allí había muerto, apaleada salvajemente, arrancados, esparcidos por el polvo varios mechones de cabello; allí vino al suelo, incapaz de romper el silencio que se levantaba entre la tierra y sus labios. Tenía los genitales destrozados de penetraciones violentas. ¿Se lo imagina? Su cabeza, almohada del sol, todavía chorreaba sangre, de haberle golpeado el cráneo con piedras. Mi hija, lo que más quiere en este mundo, cubierta estaba de magulladuras, manchada de tierra, de infamia, con los labios entreabiertos, como queriendo decirnos adiós... Con estos ojos la vi yo aquella noche en la solana de los viñedos, bien conoce el sitio, junto al camino que va al lagar. Allí la encontramos, rota para siempre, sin poder hablar... ni respirar... ni sentir...

- Tú ganas, amigo, ¡por el Santo Cristo del Rayo!... El otro es Casio, ¡maldito sea!... Sí, ése, el sobrino de Tórtola Fernández.

Susana Torralba González

A FIN DE CUENTAS

2º premio adulto prosa

Me enteré de que esta tarde se casaba Manuela, la pequeña del cerrajero. Como me gustan mucho las bodas, me he puesto el traje de los domingos y me he sentado al fresco a la puerta de casa. Desde aquí podré verla pasar cuando vaya camino de la iglesia. A mí todas las bodas me emocionan, aunque ni siquiera conozca a los novios. Debe ser porque me recuerdan a la mía, que fue un día muy especial, el día más feliz de mi vida, como suele decirse. Qué guapo iba Pepe, Dios le tenga en su gloria.

También yo iba guapa, aunque ya apenas me acuerdo de mi vestido. Hace años que lo guardé en un baúl y no lo he vuelto a sacar. Deben estar comiéndoselo las polillas, pero no me preocupa, sólo es un trapo viejo que no me sirve para nada. De joven lo sacaba a menudo. Me lo ponía por las noches y le preguntaba a Pepe cómo se me veía, si estaba tan guapa y me quería tanto como el día de nuestra boda. Y Pepe contestaba siempre que sí, y me besaba mucho, y así hasta nueve hijos. Hoy se han ido todos y sólo me acuerdo de lo blanco que era mi vestido, sobre todo ahora que hace diez años que sólo me visto de negro.

Me acuerdo mucho de Pepe, sobre todo por las tardes. Me siento al fresco y siempre veo pasar a algún amigo suyo que me lo recuerda. Están todos muy viejos, ya no parecen ni ellos. De vez en cuando se muere alguno y entonces lo veo pasar camino del cementerio, dormidito en su ataúd de pobre, seguido de su mujer y sus hijas ya de negro. Yo les lloro mucho para que vayan al cielo, como hice con mi Pepe, Dios le tenga en su gloria.

Por ahí va la viuda de Esteban, estrenando luto. La semana pasada fui a su casa para darle el pésame y al mirar a

Esteban tendido en la cama con su chaqueta de domingo creí estar viendo a mi Pepe el día en que me dejó para siempre. La diferencia es que Esteban era un muerto común, como todos los muertos del pueblo, y, sin embargo, mi Pepe era un muerto alegre. No sonreía, pero se le veía en los ojos que había muerto contento, así que se los sujeté con palillos para que todos pudieran comprobarlo. Pronto se corrió la voz y el pueblo entero hacía cola a la puerta de casa para ver a ese muerto tan simpático que yo mostraba con orgullo de viuda, aunque sin olvidarme de las obligaciones del luto: llorarle mucho para que se fuera con Dios.

Las viudas tienen que darse apoyo, como hacíamos Carmelita y yo cuando se llevaron a nuestros maridos a la guerra. Pasábamos las tardes juntas y no teníamos reposo imaginando a nuestros pobres esposos tan viejitos y desdentados en plena batalla. Desde el primer día, cuando se fueron a la quinta del saco, empezamos a hacernos a la idea de que éramos viudas, pues no creíamos que fueran a regresar vivos. Hace tiempo que no consigo recordar en qué bando luchó Pepe, si en el de los que perdieron o en el de los que perdieron más. Sólo me acuerdo de que lloraba mucho imaginándolo muerto y sin sepultura. Pobre Pepe, Dios le tenga en su gloria.

Pero una se acostumbra a todo, incluso a que el marido esté muerto. Al cabo de dos años de guerra empecé a llevar el luto con tanta naturalidad que parecía que mi difunto hubiera fallecido mucho antes. Fue entonces cuando comencé a sentarme al fresco y disfrutar de las tardes en solitario.

Ya repican las campanas, no debe faltar mucho para la boda. Estas campanas nuevas no suenan como las de antes. Cuando me casé repicaban con más fuerza... todavía no se las habían llevado los soldados para fundirlas y hacer armas. Estas campanas tienen algo de murmullo, no parecen de boda, sino de velorio. Suenan idénticas al día en que enterramos a Pepe, Dios le tenga en su gloria.

Aquel día memorable le prometí al chiquillo de Benita que le regalaría los zapatos de Pepe si se encargaba de que las campanas repicaran sin descanso durante las dos horas que tardamos en dar sepultura a mi difunto. Y así, acompañado de ese repiqueteo sin tregua, subió mi Pepe a hombros de cuatro amigos el cerro donde todo el pueblo dejaba a sus muertos desde hacía cuarenta años; lo suficientemente cerca para que pudieran ser recordados y lo suficientemente lejos para no molestar a los vivos.

Los ladridos de los perros se han llevado las últimas campanadas. Son perros negros, como el luto que con tanta dignidad llevo. Ser viuda tiene algo de especial. La viuda está retirada de la vida y, por eso mismo, por encima de todo, y eso da mucha tranquilidad, que, a fin de cuentas, es lo que siempre he querido. Fueron años muy tranquilos los de la guerra.

Pero después vino esa carta anunciando lo de Pepe. Apenas tenía tres líneas, pero era tan clara que no dudé en ningún momento que nada sería como antes. Cuando terminé de leerla, deseé que fuera un error del correo, comprobé mil veces el remite, pero sólo me sirvió para convencerme aún más de lo que me anunciaba. Lo de Pepe era definitivo. Que Dios le tenga en su gloria

Las siete. El novio espera impaciente en la puerta de la iglesia. Estos momentos son los que más curiosidad me despiertan porque siempre hay alguna novia que se arrepiente en los últimos minutos, como Paquita, la niña del cojo, que se fue con un vendedor de alpargatas y nunca más supimos de ella.

Y un día llegó Pepe, viejito y cansado, pero entero. Llegó para confirmarme que lo que decía la carta era verdad, que a sus sesenta y tres años regresaba vivo de la guerra. Y además venía contento porque antes se había pasado por el bar del pueblo para saludar a los amigos. Apenas le había abierto la puerta cuando noté su mano aferrándose con fuerza a mi muslo, ignorando el luto y mis cincuenta y ocho años,

y después su aliento pegado a mi oreja, pidiéndome que me pusiera el vestido de novia. Agarré la plancha y antes de darme cuenta le había dado un golpe seco en la nuca, como tantas veces había hecho con los conejos que me traía del campo para que los cocinara. Ya no me cabía duda de que aquella carta no era para mí. Pepe estaba muerto, Dios le tenga en su gloria, y yo seguía viuda.

Ya se acerca Manuela. Viene caminando a pasitos cortos para no pisarse el vestido. Le siguen sus padres y hermanos, y otros familiares y amigos que alborotan las calles con ánimo de fiesta. Y después ya no se oye nada, sólo el sermón lejano del cura. Otra vez estoy sola. Tranquila y sola.

Margarita Rodríguez-Osorio Campos

EL AQUILÓN

3º premio adulto prosa

En la antesala de la capilla, separada tan solo por un cortinaje de terciopelo verde, se hallaba oculto un ser, vivo o no, tal vez un alma descarriada... Un sonido extraño me hizo girar con virulencia: miré, pero no encontré ninguna fuente de emisión. Sin embargo, el sonido de una voz, acompañado por una melodía de fuertes contrastes, continuaba en el aire. Sin saber qué hacer, decidí no esperar fuera por miedo al aquilón, comúnmente conocido por el matacabras: ya se imaginarán ustedes por qué. Así pues, avancé y realicé la rutinaria genuflexión para sentarme en el banco más cercano a la puerta de salida.

Frente a mí, multitud de espaldas: unas grandiosamente cubiertas de zorros (ya domesticados); otras, por un simple paño. Parecían no darse cuenta de lo que sucedía detrás de ellos...

Decidí no darle importancia y escuchar la homilía, la resurrección de Cristo; con el fin de observar la capacidad oratoria de este párroco. Comenzó con gran efusión su discurso: la bondad, la humildad, la abstinencia... nos llevarían al paraíso celestial. Nada de extraño tenían estas palabras en el ámbito en que me hallaba; pero algunas, sorprendentemente, me llamaron la atención por la relación con lo que allí estaba sucediendo. Decían así: Todos los muertos resucitarán para ser juzgados; aquellos que han hecho el bien llegarán a la resurrección de la vida; y aquellos que han hecho el mal, a la resurrección del juicio. La resurrección tendrá lugar en el último día, anunciado por el sonido de una trompeta.

Inmediatamente después de ser pronunciadas estas palabras, la voz habló, a modo de murmullo poco inteligible.

Giré la cabeza a un lado y a otro: nada, no había nada ni nadie que pudieran provocar esos sonidos...

En actitud algo inquieta, retomé la atención del sermón; las espaldas subían y bajaban a las señales del sacerdote; justo en el momento de volver la cabeza hacia atrás, se habían sentado; no pude evitar llamar la atención del cura, que seguramente no podía entender qué hacía de pie y mirando hacía atrás cuando la misa se celebraba delante. Son cosas de la infancia: jamás conseguí aprender cuándo había que tomar asiento, cuándo había que permanecer de pie.

De repente, el potente órgano de la iglesia rompe la quietud de los que se hallaban sosegados y a punto de dormir a causa del uso de las mismas repetidas palabras dominicales, ya desgastadas; sin duda, cumplía esa función: despertar a los allí presentes.

Pues bien: ya todos en pie, nos disponemos a cantar... cuando, ¡alabado sea Cristo!, por un momento olvidé lo que me mantenía en vilo: la espantosa voz del sacerdote, que con alegría atormentaba a sus más fieles vasallos. Las proezas realizadas por el organista en un intento de seguir a su solista eran dignas de ser escuchadas.

Pero apenas pasaron unos segundos, olvidada la voz de antaño, cuando de nuevo volví a escucharla; claramente decía: Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Me giré súbitamente y no encontré a nadie; sin embargo, la voz la había oído tan nítida y cercana, que era imposible que no fuera proferida por un ser humano vivo.

No podía evitar mirar a mis compañeros de banco; pero nada: no reaccionaban (lo que resultaba realmente extraño). Parecía como si una sordera se hubiera apoderado de ellos o como si escucharan a diario esas voces procedentes del limbo.

Pensé que la obsesión no es buena compañera; así pues, intenté distraer mi atención no hacia el sermón, ya por

todos conocidos, sino a la observación de los transeúntes que seguían entrando en la parroquia, pese a haber dado comienzo la misa. En esto, alguien extraordinariamente pintoresco -no por las pieles que lucía, sino por su pelo engominado y atitanado, sus uñas color lapislázuli y ojos cencellados que rápidamente se inyectaron de fuego al encontrarse con mi mirada- hace presencia en este habitáculo. Sin poder evitarlo, dejé volar mi imaginación... Ese súbito cambio de frío a calor me hizo asociar a esa mujer con un lucifer disfrazado de zorra. ¡Quién sabe si incluso había sido la causante de esas voces por mí oídas! Sí, sí, efectivamente: su mirada se cruzó con la mía y en el momento de estrechar las manos..., eso es, justo en ese momento, él se giró, extendió su mano a unos y a otros feligreses, pero, no contento con eso, me la extendió a mí, aunque intenté esquivarle mirando hacia otro lado. Mi curiosidad no me impidió ver a través del rabillo del ojo su brazo impertérrito en mi dirección; fue entonces cuando se la estreché sonriendo, a lo que «satán» contestó *Tenga Ud. la paz*; palabras que me sobrecogieron; tal vez, por la gravedad con que fueron pronunciadas, tal vez por el tono: algo alto para un sitio como aquél; tal vez, por lo innecesario de mentarlas. Inmediatamente las relacioné: se había dado cuenta de mi terror, era él, el diablo en persona. ¡Quién, si no, podría leer mi pensamiento!

En esta ocasión, no sólo no conseguí distraer mi atención, sino que aumenté mi estado de desasosiego con la presencia del demonio ante mis ojos. Pero... ¿cómo iba a atreverse a presentarse en la iglesia?! Era absurdo; se retorcería solamente con oír los cantos del sacerdote. En estas cavilaciones andaba cuando, súbitamente, la voz vuelve a escucharse: *Señor ten piedad, Cristo ten piedad...* Mi primera mirada fue dirigida al ángel de tinieblas: nada, se hallaba impasible. Me giré muy lentamente para intentar que no huyera la voz al verme, pero... no había nadie; de nuevo mi teoría fracasaba (a no ser que los poderes de este ángel caído hicieran posible estar en dos sitios a la vez).

Llegado el momento de la eucaristía, me concentré en la observación de las personas que iban y venían del altar, intentado extraer alguna conclusión. Y así fue: todos los allí presentes lo sabían: conocían y participaban de ese extraño suceso que, a modo de eco, actuaba sobre la conciencia de los feligreses.

Pero ¡cómo era posible que toda la comunidad cristiana permaneciera en actitud austera, sin mencionar, sin reflejar un solo gesto en su rostro...!: debiera ser algo realmente grave para ocultarlo así, de esta manera. Sin pensarlo dos veces, me acerqué a un feligrés y esperé a que se escuchara la voz nuevamente. No transcurrió mucho tiempo cuando sonó, y en tono más alto que en anteriores ocasiones, para rezar el Padre Nuestro. Fue entonces cuando le propiné un codazo a mi compañera de banco y, mediante un gesto, le indiqué el lugar del que provenía la voz. Me miró con extrañeza y, encogiéndose de hombros, me dio a entender que no sabía a qué me refería. ¡Por Dios Santo!, ¿es que no oye usted lo mismo que yo?, le dije gritando. El revuelo fue inmediato; todos miraban recriminándome la ruptura de esa paz en la que estaban sumergidos; el ángel caído también lo hizo, por lo que descarté por completo que fuera la reencarnación de Satanás: simplemente, era una hortera.

Yo, amante de la discreción, me había convertido en blanco de todas las miradas; señalándome como una persona intrusa, no podía permanecer mucho tiempo más en ese santo lugar, rodeada de imágenes sagradas que, con cara lastimosa y compasiva, parecían apiadarse de mis pecados. Pero mi curiosidad, o mi afán por encontrar una causa lógica a todo lo que acontece en este mundo, me impedía irme sin una explicación transparente de los hechos. Decidí, pues, esperar a que la misa llegara a su fin y así conseguir algo más de tiempo para encontrar esa alma que andaba errante por aquellas paredes de Dios.

Escasos eran los minutos: tendría que pensar rápido. Descarté la idea de la resurrección, pese a que la homilía

invitaba a ello. También rechacé la posibilidad de que fuera Satán, esto es, la señora disfrazada de zorra. Entonces..., ya está, eso es: ¡cómo no había caído antes!, qué estupidez había demostrado con mis acciones... Dejé de lamentarme y, ya descubierta la intriga, comprobé que, simplemente, se trataba de una grabación; claro, eso es: una grabación que la Iglesia ha decidido poner para enfatizar más sus rezos o súplicas, debido a la pereza de muchos para orar. No se trataba sino de un refuerzo eclesialístico; ¡qué imaginación la mía! Ahora solo quedaba esperar a que finalizara la misa e ir al encuentro del sacerdote, al que primeramente pediría perdón por mi comportamiento y, después, le felicitaría por el buen recurso hallado, que intrigaba a aquellos que no conocíamos el sistema, pero que, sin duda, daría sus frutos.

Ya, en estado de relajación, sin aterrarme la voz oculta, se da por finalizada la liturgia con la bendición habitual. Me dirigí, no sin cientos de miradas incriminatorias, al altar, donde el sacerdote permanecía por unos segundos, y le extendí mi mano a fuer de disculpa; la aceptó y me invitó a pasar a la sacristía. Fue ahí cuando le conté lo ocurrido y le señalé mi sorpresa por ese nuevo sistema de voces en forma de eco instalado al fondo de la capilla, al mismo tiempo que le felicité por el invento. Pero... no todo tiene una explicación lógica: Don Manuel, que así se llamaba el párroco, me miró con cara de benevolencia, me dio una palmadita en la espalda y me dijo: No te preocupes, hijo. Todo se arreglará: el Señor cuidará de ti...

Eumelia Sanz Vaca

A DON QUIJOTE

1^{er} premio adulto verso

53

I

*A visitar tu corazón dormido
me acerco, Don Quijote, lento y quedo,
glosando entre la espiga y el viñedo
mi loa por tu hacer comprometido.*

*Soy la voz que te canta y el latido
que comulga en la esencia de tu credo,
soy el pincel que forja con denuedo
los trazos de tu temple esclarecido.*

*Al arrullo del palpito del arte
vengo en alas del hálito solano
con ferviente intención de retratarte*

*plasmear tu fuste anímico y humano
con los colores que para pintarte
se desbordan en versos por mi mano.*

II

*Cenital de altruismo y de aventura
que haces correr mis verbos cual corceles...,
¡cómo inflama el hacer de mis pinceles
la singularidad de tu figura!*

*Manantial de hidalguía sin cordura,
espíritu con ansia de laureles
que en La Mancha de soles y de mieles
te dieron menos gloria que amargura.*

*Señor del escudero Sancho Panza;
por Dulcinea -con sentir preclaro-
tu ánima suspiraba enamorada;*

*alentaba con ímpetu tu andanza
y suscitó en tu ser amor tan claro
como una flor nacida en la alborada.*

III

*Vástago de La Mancha, no te has ido,
tu gracia hasta en la altura está grabada
y en el monte, en el llano, en la vaguada,
para decir: “¡No estás en el olvido!”*

*Tu ser de ingenio loco y aguerrido
se empeñaba en misión desenfrenada
de la Caballería en la llanada
soñando el pabellón enaltecido.*

*¡Disfruta de la dicha en que anegas!
¡Descansa en paz, andante peregrino
de aventuras insólitas manchegas!*

*Recorriste sin pausa este camino
entuerto deshaciendo. Ya sosiegas
de tanto afán, de tanto desatino.*

*No hay caballeros hoy de tu talante;
este homenaje para ti es muy poco,
mas, deja, Don Quijote, que te cante,
que te dedique un cálido recuerdo,
que aunque viviste soñador y loco
a la hora de la muerte estabas cuerdo.*

José Perera Galán

METRO NOMO

2º premio adulto verso

*Antes de la luz estaba el ritmo.
 El tiempo contaba
 sus pasos en el vacío
 dibujando una nada más nítida.
 Antes ya estaba el latido esperando el golpe,
 el silencio, el golpe, el silencio.
 La clave desplegó sus incesantes alas,
 vistió el espacio de un goteo perpendicular,
 cubrió de sombras intervalos los adentros.*

*Lo último fue la canción, la copa
 cáliz donde la música pudo celebrarse.*

*Y ahora mis manos latentes se mueven
 haciendo memoria en las fuentes
 acariciando las pieles de Africa
 llamando a las puertas del suelo
 crujendo los juncos, callando a los grillos
 (golpe, silencio, golpe, silencio).
 A la izquierda el aullido de los lobos
 a la derecha el gallo a las cinco, la veleta
 en el centro constelaciones, bitácoras
 (golpe, silencio, golpe, silencio).*

*Persevero en los compases binarios
 en este inmenso arrojó de todo lo visto,
 entretanto confieso que el verso no es más
 que un intento fallido de percusión cubana.
 Y en el ritmo de los huesos chocando
 en esta salvaje lectura del pentagrama
 (al compás de los charcos y los badenes
 afino las rodillas, los codos, el cuello)
 reniego de las brújulas, los consejos
 piloto tercamente un diapasón.*

*Esculpido tono puro.
La rumba empujando dentro de mi mano
dando patadas como en una placenta,
la rumba tórrida, los motores de calima
refunfuñando en la penumbra para salir
a la luz, al baile.*

*Si ves que no canto no es por desidia.
Es solamente el silencio redondo
que sostiene el golpe de gracia,
el silencio redondo, el golpe de gracia,
el silencio, el golpe, el silencio, el golpe,
el golpe hueco sin protocolos ni etiquetas
sin una razón justa que lo llame,
venido solo porque antes lo negó
el silencio,
el golpe, el silencio, el golpe, el silencio.*

*En el principio era el vacío, quimera
de toda acústica, mudez
esperando un nombre de baqueta.
Soñándome golpe en el silencio.*

Luis Barbero Granda

TREN CRISÁLIDA

3^{er} premio adulto verso

*Si este tren no llegase nunca,
si se quedase quieto en su tránsito,
para siempre en el viaje
combando el trigo a su paso,
acerico del aire
alzando las ramas,
sorprendiendo a los pájaros...*

*Si el maquinista fuera el niño
que persigue con entusiasmo y sed
el vértigo descalzo
del silbo en el páramo, en el valle,
y otra vez en el páramo...
Si el horizonte fuese un borratajo...*

*Si la lluvia borrara de las ventanas
las estaciones del pasado,
el vaho triste de los labios
de los que se quedaron
agitando
las manos
en todos los andenes
del largo recorrido de la melancolía...*

*Y si tú me amaras como en los túneles,
atravesando mi oscuridad despacio,
más despacio,
tramo a tramo
hasta tocar los dientes de la luz
que se quedó despierta,
esperando,
como los muslos esperan
amplios, blancos,
ansiosos,
desconfiados...*

*Y si de pronto el tren fuera por los rieles de la niebla,
si apenas se distinguiera
la finta de los vagones,
el cambio de agujas,
el traqueteo de nuestras respiraciones;
y el destino fuera otra vez viajar,
ir hasta ti,
amarnos
hasta llegar a amarnos...
...Que tú fueras siempre el origen
y fueras el destino,
una y otra vez
la ida y la vuelta,
el hábito de conocerte
y desconocerte...*

*Sin pasar por ningún lugar,
pero pasando,
como lo hace el tren,
que cruza y olvida
igual que después de mucho tiempo
tu piel ha olvidado,
y se estremece,
se agolpa en anteras y rebaños,
regresa
con nudos, con grumos
en la memoria y en los labios...*

*Este tren acezante,
que nos hace mirar el reloj
y acordarnos
del transcurso, del paso...
Tren crisálida
que se hace mariposa
de vapor y colores,
mil historias,
mil esperas,
los encuentros,
los desencantos...*

*Tantos viajeros,
vías que se cruzan,
el humo pálido del alma.*

*Este libro se terminó de
imprimir el 14 de abril de 2005
en Villanueva del Pardillo, con motivo
de la celebración del VI Certamen
Literario Maestro Miguel.*